

empero, perdura de generación en generación.

Traducido del Lutheran Witness
por el pastor Roberto Kroeger

* * * * *
* * * * *

CONTENIDO:

	<u>Página</u>
++ EDITORIAL	1
++ "OCUPAOS EN VUESTRA SALVACION CON TEMOR Y TEMBLOR"	3
++ SACERDOCIO UNIVERSAL DE TODOS LOS CREYENTES	11
++ COMO MOTIVAR A LA CONGREGACION A UN TESTIMONIO PERSONAL	17
++ HAY UN DIOS !!	26
++ ¿MAS ALLA DE DIOS PADRE?	33
++ LITURGIA - GLORIA IN EXCELSIS	43

¿MAS ALLA DE DIOS PADRE?

Una nueva forma de hablar acerca de Dios:

¿a dónde nos lleva?

Al igual que otras corrientes socio-políticas de nuestros días, el Movimiento de Liberación Femenina está lanzando a la iglesia un serio desafío que sería imprudente subestimar. Los feministas insisten en que la iglesia debe reconsiderar no pocas de sus prácticas, incluso el lenguaje que emplea. No cabe duda de que en diversos aspectos, esto puede servir como saludable advertencia en el sentido de que se hace necesaria una corrección para eliminar el sexismo que inconscientemente se ha infiltrado en algunas áreas de la vida de la iglesia. Será conveniente, pues, que el teólogo controle lo que dice y escribe, sea cual fuere el idioma que usa, para evitar la inclusión excesiva de elementos que puedan ser considerados específicamente 'sexuales'.

No quiero negar que algunas de las cuestiones planteadas por los feministas me parecen bastante aceptables. Pero hay también una que me tiene seriamente preocupado: es la insistencia del Movimiento en una reforma lingüística. Me refiero a la demanda presentada por ciertos teólogos feministas como p.ej. Mary Daly, de que la iglesia debe comenzar a emplear una terminología 'inclusiva' aun al hablar del propio Dios. Estos teólogos arguyen que al atribuir a Dios imágenes exclusivamente masculinas, se está perpetuando una especie de religión patriarcal con un Dios patriarcal, al cual las mujeres simplemente no hallan una vía de acceso. Por el hecho, dicen, de que demasiadas mujeres vivieron la triste experiencia de que sus padres terrenales eran tiranos opresores, la imagen de un Dios-Padre se convierte para ellas en un factor que obstaculiza su fe y que recalca el estado de subordinación a que ha sido relegada la mujer. Por lo tanto, ese concepto de 'Dios' tiene que ser reemplazado por otro, o al menos complementado con imágenes maternas o neutrales¹, algo así como un Dios-Pareja. En muchas iglesias, tales formulaciones lingüísticas están penetran-

¹Comp. Mary Daly, "The Church and the Second Sex" (Londres, Geoffrey Chapman, 1968), págs. 23-24, 138-139.

do más y más en el idioma que se habla en los cultos divinos. No es, pues, una mera curiosidad teórica lo que nos inquieta, sino un problema concreto que afecta a la iglesia en una forma muy directa.

Indiscutiblemente, la Biblia contiene algunas imágenes que al parecer le atribuyen a Dios ciertas propiedades femeninas. En Is. 40:11 se habla del seno de Dios (che'iq) en que él lleva a sus hijos, y en el mismo libro (Is. 66:11-13) se equipara el consuelo que nos ofrece Dios al consuelo que una madre brinda a su hijito al amamantarlo. A esto puede agregarse el hecho de que al retratar a Dios, la Biblia le reconoce cualidades que nuestra sociedad occidental considera típicamente femeninas, como p.ej. compasión, nutrición, ternura (Ap. 7:17; 21:4; Is. 25:8). Tales imágenes, por cierto, sirven de resguardo contra la tendencia de la religiosidad popular de identificar a Dios sin más ni más con el sexo masculino. Con todo, no se puede negar que entre las principales imágenes y propiedades que las Escrituras atribuyen a Dios, predominan las de franca connotación masculina, y me temo que al pasar por alto esa proporción entre las diversas imágenes, y al sostener que se puede hablar de un Dios femenino con la misma facilidad con que se habla de un Dios masculino, se está distorsionando peligrosamente el testimonio bíblico y el evangelio.

El propósito del presente estudio es examinar un poco más de cerca esta controversia para ver qué está en juego para la cristiandad evangélica al seguir sosteniendo que el carácter de Dios es un carácter 'paterno', y que el pronombre personal apropiado para él es el pronombre personal masculino. Y consideramos que es muy importante, dentro de nuestro contexto cultural actual, llegar a un entendimiento claro en cuanto a esta cuestión, para dejar constancia de que el continuar hablando de Dios en la forma como se hacía hasta ahora, no tiene absolutamente nada que ver con sexismo.

Es lógico que la cristiandad evangélica reconozca que lo que está en juego es la fidelidad a la Biblia. Sin embargo, para promover un diálogo útil, y para dar un fundamento sólido a este reconocimiento, será conveniente explicar las presuposiciones para dicha fidelidad a la Biblia. Un buen punto de partida para ello es tratar de poner en su debido contexto a la teología feminista y sus esfuerzos por aplicar a Dios un lenguaje 'inclusivo'. Pues la teología feminista no es un fenómeno tan radicalmente nuevo

como sostienen sus adherentes. A decir verdad, el escenario teológico de nuestros días está invadido como nunca por tales teologías populares. Además de la teología feminista encontramos allí la teología de la liberación, la teología procesual, la 'nueva hermenéutica', la teología existencial, la teología revisionista, la siempre popular teología del 'Dios que ha muerto', y por supuesto, al bisabuelo de todos estos movimientos, la teología liberal. Unos cuantos ejemplos nada más, pero suficientes para hacer que el pobre cristiano común se pregunte desconcertado qué se ha hecho de la sencilla teología cristiana de antaño.

Lo que de hecho ocurrió es lo siguiente: La teología contemporánea - al menos a partir de Kant - se ha caracterizado por un intento sistemático de re-interpretar las imágenes bíblicas traduciéndolas a conceptos más 'relevantes y adecuados'. Sin duda, la teología feminista sigue esta tradición. Por lo tanto, en su caso se trata presumiblemente de descubrir un modelo más adecuado que el de 'padre' para dar expresión a la creatividad sustentadora de Dios y al cuidado personal que él ejerce. A fin de poder ensayar tal interpretación, la teología liberal tiene que presuponer que debe existir cierto criterio que permita juzgar el grado de adecuación de las imágenes bíblicas, y que al mismo tiempo pueda servir de guía para una interpretación apropiada mediante conceptos más relevantes. Admitida la existencia de tal criterio, la teología liberal halla que el valor real de las Escrituras radica no en el relato bíblico en sí, sino en 'la verdad más profunda' que está oculta en algún lugar detrás del texto, y a la cual el relato trata de dar expresión. (Incluso la así llamada 'teología revisionista' ha tratado, en sus enfoques recientes, de identificar una 'verdad más profunda' expresada por las narraciones bíblicas. Para teólogos como David Tracy y Paul Ricoeur, esta verdad más profunda se halla 'frente al texto', como una reacción subjetiva que tienen los intérpretes al leer un texto dado a la luz del contexto presente en que viven ellos².) Para Kant, esa verdad más profunda no era otra cosa que el imperativo categórico puramente

²David Tracy, "Blessed Rage for Order" (N. York: The Seabury Press, 1978), págs. 76-78; Paul Ricoeur, "Biblical Hermeneutics", Vol. IV de 'Semeia', ed. John Dominic Crossan (Missoula, Mont.: Scholars Press, 1975), p. 87.

formal³; para Schleiermacher era la auto-conciencia inmediata a modo de un sentimiento de dependencia absoluta⁴; para Bultmann, el auto-entendimiento existencial auténtico⁵; para Tillich, el interés último y total en el por qué de nuestro existir⁶; para Tracy, un nuevo modo de estar en el mundo⁷, y para Daly, el ser en sí⁸.

En los más de los casos, se considera a las imágenes bíblicas como 'objetificaciones' (si bien necesarias) de esa 'verdad más profunda' que en realidad es lo primordial; a dichas 'objetificaciones' en cambio se las ha relegado al rango de meros símbolos, algo que, según nos lo hizo entender tan claramente P. Tillich, a punta más allá de sí mismo a la realidad última⁹. Con esto se hace resaltar el origen 'finito' de las imágenes bíblicas¹⁰; se nos dice que esas imágenes pueden desvanecerse y morir para ser reemplazadas por otras, más adecuadas, cuando a causa de la evolución cultural llegan a ser insustanciales¹¹. Tal podría ser ahora el caso con la imagen del Dios-Padre. Aclaremos entonces: ya no son las imágenes bíblicas las que sirven de criterio para evaluar nuestra cultura, sino que estas imágenes bíblicas mismas son evaluadas

³Immanuel Kant, "Religion Within the Limits of Reason Alone", trad. Th. Greene y Hoyt Hudson (N. York: Harper and Row, Publishers, 1960), p. 13.

⁴Friedrich Schleiermacher, "Der christliche Glaube", Vol. I (7. Auflage, Berlin: Walter de Gruyter & Co., 1960), p. 163.

⁵Rudolf Bultmann, "Theologie des Neuen Testaments" (4. Auflage; Tübingen: J.C.B. Mohr, 1961), págs. 585-589.

⁶Paul Tillich, "Systematic Theology" (3 vol.s en uno), Vol. I., (Chicago: The University of Chicago Press, 1967), págs. 11-15.

⁷Tracy, pág. 219.

⁸Mary Daly, "Beyond God the Father: Toward a Philosophy of Women's Liberation" (Boston: Beacon Press, 1973), pág. 28.

⁹P. Tillich, "Dynamics of Faith" (N. York: Harper & Row, Publishers, 1957), pág. 41.

¹⁰M. Daly, "Beyond God the Father", pág. 81.

¹¹P. Tillich, "Systematic Theology", Vol. I, pág. 240.

por medio de un cierto 'criterio de profundidad' de una así llamada realidad última. Es típico para muchos teólogos a partir de Schleiermacher el haber articulado este criterio en categorías experienciales como una relación intuitiva directa entre el ser finito y el SER infinito, como una auto-conciencia inmediata, o como el 'factor de profundidad' de la razón finita¹².

Pero ¿hasta qué punto la opción liberal ha dado pruebas fehacientes de ser un testigo fiel del relato bíblico? La tradición cristiana clásica siempre ha tratado de mantener una distancia cualitativa entre ser finito y Ser infinito, y lo ha hecho señalando la brecha que el pecado abrió entre el hombre y Dios. Los liberales en cambio, en su búsqueda de un 'criterio de profundidad' que pone al hombre en condiciones de evaluar la validez y relevancia de imágenes bíblicas tales como la del Dios-Padre, no pudieron menos que suponer una relación intuitiva directa entre Dios y los hombres, que a pesar del pecado no quedó destruida del todo¹³.

¹²La insistencia de Schleiermacher en el hecho de que junto con la dependencia absoluta que caracteriza al hombre, se le proveyó además del saber acerca de Dios, nos ofrece sin duda el ejemplo típico de esa relación intuitiva entre el ser finito y el Ser infinito. Comp. Fr. Schleiermacher, Vol. I, págs. 23, 28-30. Pero en forma parecida, también la discusión de Tillich acerca de "lo profundo de la razón" sugiere esa relación intuitiva con el ser finito. Comp. P. Tillich, "Systematic Theology", Vol. I, págs. 79-80.

Los teólogos revisionistas al parecer no comparten esta tendencia, por cuanto que ellos sostienen que la única relación posible entre Dios y los hombres es la que se establece mediante símbolos. Pero en última instancia, también ellos parecen presuponer una relación intuitiva directa entre ser finito y Ser infinito. Lo vemos en D. Tracy, pág. 135, cuando éste sugiere que el lenguaje religioso no hace más que 'tematizar' auténticas experiencias humanas. Si Dios usa este lenguaje para comunicar su revelación, hemos de deducir de ello que Su uso del lenguaje bíblico es una mera objetificación de una relación Dios-hombre directa e inmediata, presente ya en la experiencia humana.

¹³Nuevamente son Schleiermacher y Tillich los que más claramente muestran esta tendencia. Comp. Schleiermacher, Vol. I, págs. 167, 77; Tillich: "Systematic Theology", Vol. I, págs. 79-80.

Pero en tal caso, ¿han tomado los liberales realmente en serio los efectos del pecado? O lo que es más delicado aún: ¿pueden ellos seguir afirmando sinceramente la diferencia entre Creador y criatura? ¿Han cesado de reconocer a Dios como Dios? No es nada fácil, por cierto, dirimir tales cuestiones. Sin embargo, tengo la impresión bien fundada por otra parte en hechos concretos, de que la teología contemporánea, al presuponer esa relación intuitiva directa, va encontrando más y más difícil afirmar en forma inequívoca que Dios no es hombre y que el hombre no es Dios. Un ejemplo tenemos en Tillich: pese a todo lo que dijo en cuanto a la trascendencia divina, al fin de cuentas llegó a la conclusión de que la relación esencial entre el espíritu humano y el espíritu divino no es la de una simple correlación sino más bien de una mutua inmanencia¹⁴. Tendencias similares se pueden descubrir en teólogos feministas que tratan de reinterpretar 'por eliminación' la imagen del Dios-Padre. Entre ellos está Mary Daly, que hace de Dios una 'presencia creativa' que acompaña toda afirmación valiente del SER por parte de seres finitos¹⁵. Y cabe la pregunta: ¿Qué vestigios reconocibles de una doctrina cristiana acerca de Dios quedan en todo esto? O más directamente: ¿Queda todavía un tipo de Dios en el sentido de SER que por derecho propio es independiente de la existencia finita? ¿Queda algo más que un 'humanismo glorificado' sazonado con referencias ocasionales a la trascendencia?

Aun en los casos en que dirigentes eclesiásticos bien intencionados simplemente tratan de 'poner al día' la liturgia mediante pequeños cambios que eliminan los predicados masculinos asignados a Dios, ese humanismo furtivo levanta su horrible cabeza. Pues al evaluar hasta qué grado la imagen del Dios-Padre es aceptable para nuestro tiempo actual, inevitablemente se tendrá que encontrar cierto criterio que tenga el peso suficiente como para poder sustituir el de la imagen en sí. ¡Cuán diferente es este acercamiento exegético a las Escrituras del que imperaba en la cristiandad desde el siglo 4 hasta los albores de la edad moderna! Aplicando lo que Hans Frei (Universidad de Yale) denominó 'interpretación figural' de las Escrituras, teólogos tan diferentes entre sí

¹⁴Tillich, "Systematic Theology", Vol. III, pág. 114.

¹⁵M. Daly, "Beyond God the Father", págs. 33-34.

como Agustín, Calvino, Lutero y aun Barth, en abierto contraste con el método hermenéutico liberal de interpretar las imágenes bíblicas en el contexto de la sociedad contemporánea, han recurrido a un cuidadoso análisis literario del relato bíblico en un esfuerzo por identificarse a sí mismos y a su sociedad con la realidad retratada en el mundo bíblico para llegar así a ser partícipes de aquel 'extraño mundo nuevo de la Biblia' y para vivir en él como ciudadanos¹⁶. Con respecto al tema que aquí nos ocupa, esto implicaría que debemos aceptar la imagen del Dios-Padre como norma y juez en todas nuestras reflexiones modernas acerca de Dios, en lugar de permitir que el papel de norma y juez lo desempeñe una imagen de Dios 'extraña', i.e. no-bíblica. Los del campo liberal objetarán que esto no es otra cosa que una ciega obediencia a las Escrituras. Y en efecto: es una obediencia a la palabra de Dios, pero no es en modo alguno un anti-intelectualismo estrecho de miras. Antes bien, los que se oponen a comprometer la imagen del Dios-Padre y a intercambiarla con imágenes maternas, muestran un aprecio más profundo por el hablar teológico que sus interlocutores en este debate. Aun un análisis somero de la naturaleza de la reflexión teológica acerca de Dios nos dirá por qué es esto así, y qué está en juego si nos apartamos del testimonio que la Biblia nos da en esta materia.

El discurso teológico siempre transita por la senda de la analogía. Por ende, al hablar de Dios, los creyentes tienen que hablar de él analógicamente, quiere decir, tienen que atribuirle to do lo que en el ámbito de lo finito es lo más apropiado y lo mejor - depurado, por supuesto, de imperfecciones finitas¹⁷. Ahora bien: frente a afirmaciones acerca de Dios en un sentido se hallan simul táneamente afirmaciones en sentido contrario, dado que Dios no ca rece de nada. Sin embargo, el hecho de que existan afirmaciones en sentido contrario no significa que la una sea una negación de

¹⁶Hans Frei, "The Eclipse of Biblical Narrative: A Study in Eighteenth and Nineteenth Century Hermeneutics" (N. Haven: Yale University Press, 1974), págs. 1-3.

¹⁷Una excelente discusión de la naturaleza de la reflexión analógica aplicada a la doctrina de Dios se halla en la obra de Austin Farrer, "Finite and Infinite" (Glasgow: The University Press, 1943), págs. 49-61.

la otra. Un ejemplo para ello es la doctrina acerca de la Trinidad: se afirma que Dios existe en Tres Personas, y luego se afirma que Dios es Uno. Pero esto último no se afirma de un modo tal que quede negado lo primero. Este principio ha de aplicarse asimismo a la afirmación, por parte de la iglesia de que Dios es un Dios personal: esta afirmación tiene con el atribuir 'masculinidad' a Dios la misma relación que el género con la especie. Pues si se admite que Dios es un Dios personal - si bien en un sentido muy peculiar, se diría 'limitado' - inevitablemente surge la pregunta en cuanto al género, puesto que las personas siempre son o masculinas o femeninas, jamás lo uno y lo otro, y jamás neutras. Si estamos dispuestos a reconocer que la diferenciación según género es una de las buenas caracterizaciones de la personalidad humana, se nos presentan unas cuantas consecuencias importantes. Una de estas consecuencias, en un nivel puramente formal, es que los teólogos que quieren sostener que Dios es un Ser Personal, si bien en el sentido de atribuirle masculinidad y femineidad, la una limitada por la otra, forzosamente tendrán que presuponer un predominio de la una sobre la otra. Por supuesto, en principio cada uno de los dos géneros puede ser el predominante. (Dios podría haber sido femenino.) Pero de hecho, la palabra de Dios revelada en las Escrituras ya ha hecho la elección en lugar nuestro, y nosotros estamos llamados a aceptar dicha elección. Claro está que al atribuirle a Dios el género masculino, nada se dice en cuanto a caracteres génito-sexuales masculinos. Tampoco se hace alusión a la preponderancia de así llamadas cualidades masculinas o femeninas en Dios, pues tales rotulaciones están condicionadas culturalmente. Si el teólogo le atribuye masculinidad a Dios, no hace más que atenerse a las declaraciones tanto del Antiguo Testamento como del Nuevo, y nada puede importarle la escala de valores que circunstancialmente se aplica en su ambiente cultural al hombre y a la mujer. Por lo demás, como ya queda dicho, las personas son o masculinas o femeninas, no ambas cosas a la vez, ni tampoco neutras. Y si Dios se nos revela como persona en términos de nuestra sexualidad, no nos corresponde modificar la revelación suya mediante la interpretación nuestra.

Una palabra final con respecto a la limitación: Si quiere actuar en forma responsable, la iglesia no puede pasar por alto el problema - o cargo - del sexismo levantado tan perceptiblemente por parte de los análisis feministas. Mantener en orden la propia casa es una tarea que demanda gran diligencia. Sin embargo, la imagen del Dios-Padre no está implicada para nada en esas dis

ciones con tinte de fanatismo, ya que pertenece al ámbito de los principios teológicos. Ni tampoco tiene por qué estar implicada mientras exista un entendimiento apropiado de lo que es la función correcta del hablar en forma analógica, y de lo que significa ubicarse en el mundo del relato bíblico. Pues si se habla acerca de Dios en forma analógica, no hay razón para sacar conclusión sistemática alguna con miras a una persona finita, dado que entre nosotros y Dios hay un gran abismo que puede ser salvado sólo por El, jamás por nosotros. Esto se ve apoyado y confirmado por la forma analógica de nuestro hablar acerca de Dios, por cuanto que todos los atributos que le asignamos a Dios los tenemos que limitar o modificar por lo contrario de lo que ellos expresan. Por consiguiente, lo que se aplica al género de Dios no se puede usar para justificar la posición dominante del hombre en la sociedad. Antes bien, el por qué de esta posición dominante debe buscarse en Gn. 2:18: 3:16, en concordancia con 1 P. 3:7. Por otra parte, tampoco corresponde pretender que cuando los creyentes hacen una exégesis figural de las Escrituras y se identifican con el mundo bíblico, ellos tengan que hacer suyas las particularidades culturales de aquel mundo y negar como antibíblicas las comodidades que nos brinda la tecnología moderna. La Biblia no habla de estas comodidades; por lo tanto, hacerse partícipe del mundo bíblico no implica tener que prescindir de ellas. Asimismo, no sé de ningún texto del Nuevo Testamento que dé pie a deducciones lógicas en cuanto al aspecto que debiera tener la sociedad basadas en presunciones relacionadas con el hecho de que a Dios se le atribuya una imagen con connotación masculina. (Aquellos textos que extraen conclusiones de la relación de Cristo con la iglesia parecen pertenecer a un orden lógico diferente.) Sobre esta base, pues, no existe una autorización bíblica genuina para la subordinación de la mujer al hombre tal como la practica la sociedad occidental. El atribuir a Dios imágenes masculinas como la de Padre se convierte en arte diabólica si se lo hace para dar una apariencia de legitimidad a prácticas no autorizadas por la legítima usanza bíblica.

Sin duda, siempre habrá gente que se horroriza ante el pensamiento de que a Dios se lo describe con imágenes de marcado carácter masculino. Habrá quienes dirán que la sociedad sexista ha hecho imposible una adoración significativa de un Dios tal; pero si opinan así, es porque evalúan la imagen de Dios desde el punto de vista de las ventajas o desventajas que les reporta, en lugar de situarse en el mundo bíblico que es el marco adecuado para juzgar

los a ellos y a la sociedad sexista. Y no faltarán quienes diga que toda esa idea de llegar a ser partícipe del mundo descrito por el relato bíblico es absurda, sin importancia alguna para nuestra realidad actual. Ahí es donde radica el verdadero foco de la enfermedad de la cual la disconformidad con la imagen del Dios-Padre es sólo un síntoma. Mucho mejor sería, nos dicen estos discípulos del modernismo, descubrir lo que es de relevancia para las necesidades de hoy día, y tomar esto como punto de partida para la reflexión teológica. Dicho sea en honor de Mary Daly que como feminista, ella no da a este proceder el nombre de 'teología cristiana', sino que habla de 'filosofía'¹⁸. ¿En qué dirección lleva dicho proceder? No es, por cierto, un obediente ir en pos de la palabra de Dios, sino que se parece más bien a un esfuerzo por colocar los hitos de un camino nuevo, para luego, quizás como intención secundaria, transportar por este camino algunos fragmentos de la palabra divina. Evitar esta consecuencia inaceptable: esto es precisamente lo que está en juego para los cristianos evangélicos cuando persistimos en ver en Dios al Padre. Y lo que además está en juego es el testimonio que nos da la Biblia acerca de Dios. Llamar a Dios 'Padre' es enfatizar dos cosas: la manera personal de Dios de relacionarse con su pueblo, y la excelencia inherente a la diferenciación de los géneros humanos.

"EVANGELIUM", Bremen, RFA.
Revista bimestral de Teología,
Febrero de 1984. Trad.: E. Sexauer

El autor: Prof. Dr. Marc Ellingsen
Institut for Ecumenical Research,
8.rue Gustave-Klotz, F-67000 Estrasburgo (Francia).

* * * * *

¹⁸M. Daly, "Beyond God the Father", pág. 6.